

EL LOBO (NUCLEAR) DE LA SEMANA

La protesta de Caperucita

HA pasado Kissinger por el bosque, con sus gafitas y su portafolios, seguido de Areilza con un bolígrafo y Lucero Tena con su bata de cola. El rojo rugía en el armario y los otros lobos se subieron a los árboles, llenos de pavor. El Tío Sam, lobo nuclear del mundo, se mete detrás de un árbol y sale de Kissinger, se mete en el hueco de otro árbol y sale de Ford, se mete en otro hueco y sale de Snoopy. Al final, cuando todos estábamos encantados con el número de transformismo, el señor Kissinger se marchó, llevándose en su portafolios un país, una península, una democracia, una libertad, una amnistía, unas bases, unos misiles, unos polaris, un sargento negro, una respetuosa de Fleming y un beso de Lucero Tena.

Se acabó lo que se daba. El rojo dice desde dentro del armario que se acabó lo que se daba, que hemos optado por los yanquis, o sea, por el gopismo, la multinacional, el chanchullo, la coca-cola democrática y la chispa de la vida. Luego nos explicó el rojo, ya más calmado, cuando la abuelita le sacó del armario para que se tomase con nosotras las torrijas, con agua de litines, que hemos tenido la opción europea, democrática, socializante, que es la nuestra, pero que hemos optado una vez más por el Tío Sam, lobo asilvestrado que patrulla por los seven seas con la sonrisa de Kissinger, el pecho de menos que le falta a la señora Ford, el látigo de hacer dictaduras democráticas y el judaísmo miope y

noctámbulo de mister Kissinger. O sea, que nos hemos lucido.

Hasta aquí llegaron las aguas. Dos semanas para pensarlo, señor Fraga, y diez minutos para firmarlo. Está firmado el acuerdo y ya somos libres entre rejas, o sea, entre las barras de la bandera americana, y vamos a ver las estrellas de la susodicha bandera y las estrellas de la patada que nos van a dar en el culo otros organismos internacionales. Luego el rojo se volvió a su armario y dicen que se acabó el andar los rojos por la calle, por la prensa canallesca y por la plaza de Colón. O sea, que estamos salvados. ■ U.



EL TIO SAM



PARA mí, todos son marines, hija, será la vista que me empieza a fallar, pero todos me parecen marines, el Kissinger, el Ford, la Policía Montada del Canadá, el pato Donald, todos marines. En cuanto que los veo firmando un tratado o entrando en un tablao de Madrid «la nuit», que así lo dice la cursi de mi nieta, me da la impresión de que están desembarcando. Es que todos son marines, hija, y la obligación de los marines es desembarcar, que lo he visto en las películas. Ellos son marines y el resto somos japoneses, y tenemos que decir «banzai» y otras tonterías por el estilo, y ponernos muy feos y muy sigilosos y traidores, y entonces vienen los marines y lo arreglan todo, y the end. Y mira que al Kissinger le tengo yo ley, por lo judío que es y la cara de espabilado que tiene, pero viéndole al lado de Areilza, tan fino que parece anglicano, da una sensación de grumete que tira para atrás. Pero es un marine como la copa de un pino, que te lo digo yo. Tan marine es que ha venido a financiarnos la libertad, se conoce que el señor Fierro y el señor Botín, y el señor don José María Aguirre Gonzalo no quieren invertir este año, vaya por Dios. Es

La regañina de la abuelita



que donde esté Washington que se quiten esos señores; además, que el señor Areilza sabe mascar chicle y hablar el inglés de las colonias, digo, del imperio más poderoso de la tierra, Usa que se dice. O sea, que tenemos una proverbial amistad con los usones, y Dios quiera que no sea como la amistad proverbial con los moros, porque si por un quítame allá esos submarinos organizan una marcha verde no va a darnos tiempo ni a retirarnos. Y es que cuando les entra la mala leche, en polvo, se hacen más usones todavía, o sea, abusones, como lo de abutere patientia nostra, pero en más abutere. Hija, no te digo que cuando veas un marine te des por expoliada, pero has de conformarte con ser mártir para toda la vida, porque virgen ya no. Hija, que yo soy vieja, y muy traída y llevada, y siempre me dio el pálpito que mi Caperucita es una bastarda del séptimo de caballería, que sé de buena tinta que John Wayne anduvo por la Costa Fleming cazando virgos al ojeo. Y no digo más, que luego me hacen firmar un tratado y me encasquetan una libertad de deshecho, y se me muere el rojo de dolor en el armario. ■ L.